

(En el interior de las elites en el poder se agudizaban las divergencias.) Un sector había comenzado a pensar, con la llegada de ORTIZ a la presidencia, que la coalición conservadora no era ya un instrumento político apto para garantizar sus intereses. Buscaba algún apoyo popular, la liberalización de las formas políticas vigentes y, superados los efectos de la crisis de 1930, una mayor liberalización económica, pero la licencia y luego la renuncia definitiva de ORTIZ, en junio de 1942, anulaban las posibilidades de un cambio de rumbo.

(La política exterior del gobierno terminó siendo) como veremos, (la que puso en evidencia el conflicto interno de las clases dirigentes.) Su fracción más tradicional se expresaba a través del presidente CASTILLO y sus intereses se confundían principalmente con los de los grandes hacendados de la Pampa Húmeda, aliados con algunas elites provincianas. (Integraban la tendencia más pro inglesa o pro europea del *establishment* de la época y sostenían una posición neutralista frente al conflicto mundial.) En el enfrentamiento con los EE.UU., este sector contaba con el apoyo de personalidades nacionalistas o directamente partidarias del Eje y de manera gradual comenzó a perder posiciones dado que el triunfo de los aliados no sólo significaba la derrota de Alemania, sino también, y simultáneamente, el fin del Imperio Británico (y de su predominio en la Argentina) y la consolidación de la hegemonía norteamericana en el mundo.

Otros sectores de las clases dirigentes retomaban, en cambio, las banderas del liberalismo y mostraban una posición más flexible o de abierto acercamiento a los EE.UU. Procuraban ya abiertamente una alianza con Washington que reemplazara en la sociedad argentina la tradicional influencia británica o europea) y expresaban intereses económicos cuyo peso podía ser decisivo en la inmediata posguerra: los de los sectores industriales y del gran capital financiero. Criticaban por eso la política exterior gubernamental, contribuyendo al aislamiento político de CASTILLO (102).

(Para superar esta situación, que tornaba difícil la continuación de su mandato, CASTILLO buscó apoyo entre los militares hostiles al Gral. Justo) antes anglófilo y ahora partidario de una alineación con Washington y que aún tenía influencia en el ejército. (De esta manera, a fin de compensar su pérdida de ascendiente en el seno de la elite tradicional, el presidente facilitó el acercamiento al gobierno de elementos nacionalistas,) algunos de ellos secreta o abiertamente simpatizantes del Eje, solidarios con su política neutralista, mientras impedía la actividad de agrupaciones pro aliadas, como Acción Argentina, o dificultaba el accionar de otros grupos similares. (También organizó la Flota Mercante del Estado, con barcos de países beligerantes inmovilizados en puertos argentinos a causa de la guerra; creó Fabricaciones Militares, una vieja aspiración de las Fuerzas Armadas,) en la que puso al frente al Gral. SAVIO; (aumentó los gastos militares en el presupuesto

(102) Cf. RAPOPORT, M. (1980), págs. 40 y 41.

nacional,) que del 16,9 % llegaron casi al 23 % en 1942 y al 27 % en 1943; envió misiones castrenses para obtener armamentos en los EE.UU. e incluso en países del Eje o aliados a él; y mantuvo una actitud ambigua frente a distintas conspiraciones militares (103).

(En medio de ese clima iban a realizarse las elecciones presidenciales de setiembre de 1943,) en la preparación de las cuales CASTILLO pareció verse favorecido por el fallecimiento, entre fines de 1942 y principios de 1943, de importantes personalidades de la coalición gubernamental y de la oposición enroladas en el sector liberal y opuestas a la política del presidente, como los ex presidentes ORTIZ, ALVEAR y JUSTO y el ex vicepresidente ROCA. CASTILLO trató de afirmar su política y aprobó la decisión de la Concordancia de postular a ROBERTO PATRON COSTAS, presidente del Senado y vicepresidente de la Nación en ejercicio, como candidato oficialista en las futuras elecciones presidenciales; pero su triunfo seguro, fraude mediante, creaba incertidumbre acerca del rumbo futuro de las políticas interna y externa del país.

(La candidatura de PATRON COSTAS, gran terrateniente salteño y propietario de una industria azucarera, fue resultado de un acuerdo o compromiso de los sectores enfrentados dentro de la coalición gubernamental, y no se conocían muy bien sus objetivos políticos.) Aunque se le suponía proclive a abandonar la neutralidad, era apoyado por los hacendados anglófilos o pro europeos y también, por supuesto, por los círculos económicos y financieros pro norteamericanos. Sin embargo, el orden conservador —del cual PATRON COSTAS era un representante típico— estaba agonizando y nada lo podía salvar de su ocaso (104).

(El desprestigio e ilegitimidad del régimen,) los interrogantes sobre la continuidad del proceso de industrialización en el mundo de posguerra, (el tipo de relación con las potencias centrales) y la participación política de los nuevos sectores sociales surgidos en los últimos años) planteaban cuestiones que no tenían respuestas por parte de la vieja clase dirigente, incluyendo los partidos políticos opositores, en especial el radicalismo, (donde la conducción "alvearista" se había revelado débil e inconsistente y sin figuras de relieve.) (Esto llevaba a que las Fuerzas Armadas se proyectaran nuevamente al primer plano de la escena política nacional, creyendo poder resolver los problemas pendientes.)

Sin embargo, los militares sólo coincidían en la toma del poder. Sectores nacionalistas y pro aliados, "germanófilos" y liberales, (convergiendo en una acción unificada tras objetivos distintos e incluso opuestos. Pero un punto los unía: para todos ellos, la sucesión presidencial, tal como la programaba CASTILLO, significaba la imposición de un candidato sin apoyo popular, ligado a grandes intereses económicos y partidario del fraude, que no brindaba seguridad en materia de

(103) Cf. SANCHIS MUÑOZ, JOSE F., *La Argentina y la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires, 1992.

(104) RAPOPORT, M. (1980), págs. 146-154.

defensa y de política exterior. En este marco, venía gestándose la realización de un golpe de Estado, que se aceleró por el pedido de renuncia que CASTILLO le hizo al ministro de Guerra, Gral. PEDRO P. RAMIREZ, al enterarse de los movimientos conspirativos y de contactos del ministro con dirigentes radicales⁽¹⁰⁵⁾.

El 4 de junio de 1943, finalmente, un golpe militar —sin participación civil— depuso al presidente CASTILLO. En un manifiesto, los revolucionarios condenaron el orden previo caracterizado por "la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción". Asimismo prometieron castigar a los culpables y se comprometieron a restituir al pueblo sus derechos y garantías. La "década infame" había llegado a su fin ante la sorpresa e incertidumbre de la sociedad argentina.

Con la toma del poder por los golpistas se iniciaron las marchas y contramarchas del nuevo gobierno militar. El Gral. ARTURO RAWSON, que encabezó las tropas que precipitaron la deposición de CASTILLO, ocupó la presidencia provisional como representante de los jefes superiores de Campo de Mayo. Sin embargo, al integrar su gabinete con algunas personalidades del anterior régimen, se enfrentó con la resistencia de sectores de la oficialidad y debió presentar la renuncia a las cuarenta y ocho horas de su designación. En su reemplazo, asumió el Gral. RAMIREZ, considerado en un primer momento como el verdadero jefe del movimiento militar⁽¹⁰⁶⁾.

Sin embargo, detrás de este desplazamiento y de la proyección de RAMIREZ a la presidencia se reveló la existencia de una logia militar, el Grupo de Oficiales Unidos (GOU). Integrado por jóvenes oficiales superiores, muchos de ellos coroneles, el GOU operaba con el propósito de restablecer la moral y la disciplina dentro del Ejército y recuperar al país de una corrupción que, a juicio de sus miembros, lo conducía al comunismo. En la Logia predominaban las ideas nacionalistas y neutralistas, pero había admiradores de las experiencias fascistas europeas, que pensaban que era necesario reformar las instituciones, y otros oficiales cercanos a un nacionalismo popular e, incluso, al radicalismo, de ideas más democráticas. Todos ellos repudiaban, en todo caso, el sistema político tal como se venía practicando en el país⁽¹⁰⁷⁾.

A partir de la asunción de RAMIREZ, varios integrantes del GOU ocuparon posiciones estratégicas. Uno de sus miembros más destacados, el Cnel. JUAN D. PERON, pasó a desempeñarse como jefe de la secretaría del ministro de Guerra, Gral. EDELMIRO J. FARRELL. Otro integrante del grupo, el Cnel. ENRIQUE P. GONZALEZ, pasó a ser jefe de la secretaría de la Presidencia. Una veintena de oficiales del GOU ocuparon cargos importantes después del golpe, procurando controlar los sectores principales de las Fuerzas Armadas y del gobierno y asegurar su cohesión político-militar.

(105) POTASH, R. (1981), págs. 274-279.

(106) ROUQUIE, ALAIN, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, tomo II, Buenos Aires, 1983, págs. 18-21.

(107) Cf. POTASH, ROBERT, *Perón y el GOU. Los documentos de una logia secreta*, Buenos Aires, 1984.

Sin embargo, en el primer gabinete de RAMIREZ había personalidades, como el vicealmirante SEGUNDO STORNI, ministro de Relaciones Exteriores y Culto, o JORGE SANTAMARINA, ministro de Hacienda, un banquero perteneciente a una familia tradicional, que eran pro aliados y no compartían las ideas nacionalistas del GOU⁽¹⁰⁸⁾.

En el terreno político y social, los objetivos del gobierno militar resultaban, en verdad, bastante vagos. El nuevo régimen se proponía, sobre todo, eliminar la corrupción moral y política, buscar la unión del pueblo y restituirle sus derechos. Al procurar hacer frente a la crisis política originada por el distanciamiento de las elites conservadoras respecto de la sociedad, buscaba situarse por encima de las clases y grupos sociales, proclamándose representante del conjunto de las aspiraciones de la población. En esto se diferenciaba en parte de los militares del '30, que representaban a ciertos sectores sociales, como el Gral. URIBURU, o a fuerzas políticas, como el Gral. JUSTO.

Conforme a esos lineamientos, la primera etapa del gobierno militar estuvo influida por una orientación nacionalista, industrialista y autoritaria, con signos derechistas. Por un lado, creó el Banco de Crédito Industrial; dispuso el allanamiento de las oficinas de empresas monopólicas de electricidad y la investigación de sus contabilidades, debido a las acusaciones acerca de sus prácticas corruptas; intervino la Corporación de Transportes; expropió la Compañía Primitiva de Gas; inició el estudio de las tarifas aduaneras e impulsó las industrias militares. Por otro, intensificó la represión policial de comunistas e izquierdistas; introdujo la enseñanza religiosa en las escuelas; legalizó la censura de la prensa escrita y radial; persiguió a profesores y estudiantes liberales; disolvió los partidos políticos y clausuró el local donde funcionaba una de las centrales sindicales, prohibiendo sus actividades y la de los gremios adheridos.

Por su parte, PERON logró ser designado —a fines de 1943— al frente del Departamento de Trabajo. Más consciente que sus camaradas de armas del carácter complicado de la situación social del país y advertido de que el régimen militar no podría mantenerse mucho tiempo apoyándose en la fuerza, su acción política se desplegó alrededor de tres ejes: la justicia social, el control de la clase obrera y la despolitización de las organizaciones sindicales. De esta manera, el propósito de realizar ciertas reformas sociales para eliminar la influencia comunista, se convirtió, bajo la dirección de PERON, en el trampolín de una política social y laboral cuyas consecuencias rebasaron los límites previstos, llegando a tener un peso determinante con respecto a los restantes objetivos enunciados al principio por el gobierno militar.

(108) POTASH, R. (1969), págs. 299-302.

(Tempranamente estallaron así las luchas internas dentro del gobierno. Las corrientes ideológicas que albergaba el GOU comenzaron a diferenciarse y a enfrentarse en función del peso diferente que cada una de ellas poseía en el gobierno. Los militares de la corriente nacionalista que influían sobre el presidente RAMIREZ comenzaron a desconfiar de la política laboral de PERON, quien se había convertido en un rival.) Transformado el Departamento de Trabajo en Secretaría de Trabajo y Previsión, el coronel le estaba asignando al movimiento militar un carácter diferente del de otros movimientos similares.

A principios de 1944, no obstante, fue el mismo presidente RAMIREZ el que se vio obligado a renunciar. Dos episodios precipitaron esta decisión. Por un lado, la condena pública del Departamento de Estado de los Estados Unidos, que juzgó como una operación pro Eje la presunta complicidad del gobierno argentino con el golpe de Estado promovido en Bolivia por el Movimiento Nacionalista Revolucionario de PAZ ESTENSORO. Por otro, la detención por los ingleses del cónsul argentino OSMAR HELLMUTH, en misión oficial a Europa para negociar la compra de armas en Alemania, y acusado de pertenecer al espionaje alemán, lo que obligó a disponer su cesantía. (Para hacer frente a la presión externa e interna que originaron estos casos, el presidente decidió la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania y Japón, el 26 de enero de 1944⁽¹⁰⁹⁾.)

De inmediato se produjo una deliberación entre los miembros del GOU y sectores neutralistas, que consideraban que RAMIREZ había cedido a las presiones norteamericanas y traicionado los objetivos del régimen. El presidente, al perder sus apoyos militares, decidió renunciar y delegar el gobierno —en marzo— en manos del Gral. FARRELL.

Con el nuevo mandatario pareció consolidarse el ascenso político de PERON. FARRELL lo designó ministro de Guerra, conservando su cargo al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Sin embargo, los entretelones que llevaron al desplazamiento de RAMIREZ pusieron en evidencia las maniobras de PERON para ganar espacio frente a otros sectores militares. El hábil coronel tomó distancia de los más nacionalistas, sin llegar a oponerseles, y frente al principismo neutralista adoptó una política pragmática y variable según lo exigieran las circunstancias nacionales e internacionales⁽¹¹⁰⁾.

(Durante el último tramo del régimen militar las tensiones no disminuyeron. Si bien la etapa presidida por FARRELL fue la más prolongada)—aproximadamente dos años— (el gobierno se vio asediado en varios frentes. En el ámbito militar, a fines de febrero de 1944, uno de los miembros del GOU sublevó la unidad cuya jefatura ejercía, buscando, sin éxito, deponer a FARRELL y PERON. Por otro lado, entre la oficialidad existieron resistencias a la designación de PERON como ministro de Guerra, por lo que ocupó la cartera con carácter interino, aunque en mayo fue

(109) Cf. RAPOPORT, MARIO, *¿Aliados o neutrales? La Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires, 1988, en donde se reproduce documentación original de ambos casos.

(110) RODRIGUEZ LAMAS, DANIEL, *Rawson/Ramírez/Farrell*, Buenos Aires, 1983, págs. 33-36.

confirmado de manera permanente. Asimismo, los herederos de los sectores nacionalistas desplazados se agruparon en torno a la conducción del ministro del Interior, Gral. CESAR PERLINGER, emprendiendo una tenaz oposición a PERON. A principios de julio de 1944, PERON logró defenestrar a PERLINGER y al día siguiente fue designado vicepresidente sin renunciar a sus cargos en el Ministerio de Guerra y en la Secretaría de Trabajo y Previsión. PERON pareció alcanzar la cumbre del poder contando con una gran influencia en el gobierno y con el apoyo de algunos de sus camaradas ubicados estratégicamente en diversos cargos gubernamentales⁽¹¹¹⁾.

También, en un famoso discurso pronunciado en La Plata, en junio de 1944, en ocasión de inaugurarse una cátedra de defensa nacional en la universidad, el ascendente coronel definió los criterios que debían regir una política de seguridad, en palabras que tenían un fuerte acento nacionalista e industrialista, aunque algunos las interpretaron como una profesión de fe fascista. PERON decía allí que "la defensa nacional exige una poderosa industria propia; y no cualquiera, sino una industria pesada"⁽¹¹²⁾.

(Sin embargo, en tanto PERON se proyectaba políticamente en la búsqueda de un apoyo popular —más consistente que el logrado entre los propios uniformados—, los partidos políticos, las entidades empresariales, las organizaciones estudiantiles y la prensa aunaban sus voces y estrechaban filas intentando alejar a los militares del gobierno. Las medidas adoptadas por PERON en favor de los trabajadores provocaban cada vez mayor resistencia en los sectores que dominaban la vida económica del país.) La Sociedad Rural Argentina, bastión de las elites tradicionales, reaccionó violentamente contra el Estatuto del Peón Rural, los industriales comenzaban a mostrarse inquietos y tanto la prensa como los partidos políticos criticaban la política gubernamental. En tanto, la falta de libertades democráticas y las políticas ultramontanas adoptadas en el área de la educación y la cultura iban llevando adeptos a las filas de la oposición.

En 1945, el régimen militar se puso a la defensiva. La derrota nazi y la caída de Berlín sirvieron de excusa para que los simpatizantes de los partidos opositores y los grupos económicos dominantes organizaran grandes manifestaciones callejeras, como si se tratara de una victoria interna sobre el poder "nazifascista", reclamando la convocatoria inmediata a elecciones y rechazando toda candidatura oficial. En su debilidad, el régimen reprimió dichas concentraciones, lo que contribuyó a confirmar su supuesta afinidad con los Estados fascistas derrotados.

Las FF.AA. debían afrontar un grave dilema. Por un lado, no estaban dispuestas a facilitar el retorno de los partidos políticos sin el previo cumplimiento de los objetivos revolucionarios de junio de 1943. Por el otro, no todos sus integrantes tenían la intención de respaldar las ambiciones políticas de PERON, que desde el gobierno gestaba las condiciones para hacer viable su candidatura constitucional.

(111) ROUQUIE, A. (1983), págs. 48 y 49.

(112) ROUQUIE, A. (1983) págs. 53 y 54.

Luego de un complot militar que intentó derrocar a FARRELL y PERON, el vicepresidente desautorizó toda gestión en favor de su candidatura y negó sus aspiraciones presidenciales. Sin embargo, no pudo despejar la desconfianza de la oposición política acerca de sus propósitos y evitar que se intensificara la presión para que el gobierno fijara fecha de elecciones nacionales.

Por fin, a principios de julio de 1945 el gobierno convocó al pueblo a elegir sus autoridades a fin de año. La convocatoria fue acompañada del compromiso de no prohiar candidaturas oficiales y de asegurar elecciones libres. A continuación, PERON ofreció cargos importantes en el gobierno a dirigentes del radicalismo, intentando dividir al partido de ALEM, capitalizar sus disidencias internas y atraer al ala de la intransigencia yrigoyenista. Si bien no obtuvo los resultados esperados varios radicales aceptaron el ofrecimiento, y desde el Ministerio del Interior se anunció el levantamiento del estado de sitio, impuesto por CASTILLO y mantenido por los militares, facilitando la actividad de los partidos políticos (113).

No obstante, la situación política se enrareció al punto de poner en peligro la estabilidad del gobierno. En setiembre, la multitudinaria Marcha de la Constitución y la Libertad impulsada por la oposición fue seguida por una declaración de los almirantes retirados más prestigiosos que, en nombre de la oficialidad de la Armada —fuerza mayoritariamente antiperonista—, reclamaron la rápida normalización constitucional. El Gral. RAWSON intentó sublevar a tropas militares en Córdoba para derrocar a FARRELL. Ante esta actividad opositora enderezada a derribarlo, el gobierno reimplantó el estado de sitio, reprimió a los opositores y silenció a la prensa.

Finalmente, a principios de octubre la oposición pareció lograr su objetivo. Su presión y la de la oficialidad de Campo de Mayo determinaron que, el 9 de octubre, PERON renunciara y que, posteriormente, fuera detenido en Martín García. Sin embargo, los partidos políticos tradicionales rechazaron la propuesta de integrar un gabinete reorganizado. Exigían, en cambio, que el gobierno sea entregado a la Suprema Corte de Justicia, bastión liberal y objetor de muchas de las medidas de PERON en beneficio de los trabajadores.

Las dudas del ejército frente a una demanda cuya satisfacción implicaba un revés para las instituciones militares fueron capitalizadas por los dirigentes sindicales de la CGT. Estos recogieron la inquietud de los trabajadores que interpretaron que con el desplazamiento de PERON corrían peligro las conquistas sociales obtenidas gracias a su gestión. El llamado cegetista a una huelga general en apoyo de la liberación de PERON, programada para el 18 de octubre, fue anticipado por una movilización popular, compuesta principalmente por trabajadores provenientes del Gran Buenos Aires. Así, el 17 de octubre una muchedumbre en la Plaza de Mayo exigió y logró la libertad de su líder y su retorno al poder (114).

(113) La descripción más vívida de los acontecimientos de ese año puede encontrarse en LUNA, FELIX, *El 45*, Buenos Aires, 1971.

(114) Cf. TORRE, J. C., "La CGT en el 17 de octubre de 1945", en TORRE, J. C. (comp.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, 1995.

PERON volvió a ocupar el centro del escenario político. El ejército debió aceptar su regreso a disgusto y recibir el inesperado apoyo popular y de los sindicatos. El coronel aparecía como el único candidato posible del Ejército para las elecciones —ahora adelantadas para febrero de 1946— y el heredero de la revolución del 4 de junio.

El gabinete nacional experimentó su última reorganización. Los nuevos integrantes respondían a PERON aunque éste no formaba parte del gobierno. El nuevo ministro de Guerra relevó a todos los jefes de regimiento de Campo de Mayo y depuró de antiperonistas los mandos militares de todo el país. En el curso de dos semanas todo foco insurreccional y opositor dentro de las Fuerzas Armadas fue eliminado. El régimen militar cumplía su promesa de asegurar el ejercicio de la soberanía popular, justificando su intervención y logrando conservar el poder para devolverlo a alguien surgido de las filas del ejército, y no a los partidos tradicionales (115).

3.9. LA POLITICA INTERNACIONAL Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Durante el gobierno de ORTIZ, iniciada la Segunda Guerra Mundial, la política exterior argentina comenzó a adquirir perfiles más marcados. ORTIZ declaró la neutralidad el 4 de setiembre de 1939, una decisión nada sorprendente, dado que la guerra estaba localizada en Europa; no existía razón alguna para una intervención y se obraba en forma similar a los demás países del hemisferio (116). Por otra parte, como consecuencia del inicio del conflicto se celebró, en diciembre de 1939, en la ciudad de Panamá, la Primera Conferencia de Cancilleres de países americanos, donde las naciones del continente en su conjunto decidieron declarar colectivamente su neutralidad frente a los países en guerra.

Sin embargo, una iniciativa tomada en abril de 1940, por el canciller CANTILLO, pareció ser el origen de cierta inflexión en materia de política exterior. El gobierno de Buenos Aires propuso al Departamento de Estado estadounidense que los países americanos asumieran el estatuto de no beligerantes, lo que los podría apartar del marco de una estricta neutralidad, favoreciendo las relaciones con los aliados. La "no beligerancia" había sido usada por Italia, para apoyar subrepticamente a la Alemania nazi en el inicio de las acciones bélicas. Pero el rechazo de la propuesta por parte del gobierno de los EE.UU., preocupado en esos momentos por el problema de las elecciones presidenciales internas y no deseoso de que la Argentina tuviera la iniciativa en el tema a pesar de que ya daba ayuda económica y militar a Inglaterra, reforzó las tendencias neutralistas y agregó nuevos roces a los preexistentes con el país del Norte en los años '30 (117).

(115) ROUQUIE, A. (1986), pág. 74.

(116) RAPOPORT, M., *¿Aliados o neutrales?...* (1988), pág. 15.

(117) Cf. TULCHIN, JOSEPH, "The Argentine Proposal for non-Belligerency, April 1940", en *Journal of Latin American Studies*, N° 4, octubre 1969, págs. 571-604; RAPOPORT, M., *¿Aliados o neutrales?...* (1988), págs. 47-56.

La situación en el frente europeo, en junio de 1940, precipitó otro desacuerdo con el gobierno de los EE.UU. La caída de París en manos de los alemanes y la intervención en la guerra de Italia hicieron muy difícil la situación de los aliados, lo que llevó al gobierno de Roosevelt a practicar una política más comprometida con éstos. En consecuencia, buscó apoyos en América Latina y requirió al gobierno de Buenos Aires su opinión acerca de planes de defensa continental en los que se hallaba interesado, incluso la instalación de bases militares en territorio argentino. La cancillería local, tras consultar a las autoridades castrenses, desestimó dichos planes, dando lugar a la primera divergencia seria sobre el tema.

La Segunda Conferencia de Cancilleres, convocada por Washington y que se reunió en julio de 1940 en La Habana para establecer acuerdos de defensa continental, agregó nuevos motivos de discrepancia entre los dos países: la vieja rivalidad volvía a resurgir. El delegado argentino, LEOPOLDO MELO, y el secretario de Estado, CORDELL HULL, tenían al respecto posiciones divergentes; en particular, sobre la concreción de una organización económica, política y militar panamericana, pues la cancillería argentina consideraba que constituía la consolidación del liderazgo estadounidense. Sin embargo, en última instancia, HULL se comunicó directamente con el presidente ORTIZ, ya muy enfermo, y logró que la Argentina firmara la Declaración de La Habana.

A partir de allí, Buenos Aires tendría una actitud mucho menos cooperativa, porque en ese mismo mes de julio ORTIZ delegaría su mando en el vicepresidente CASTILLO. Ya señalamos que mientras ORTIZ deseaba un retorno paulatino a la democracia, su vicepresidente tenía opiniones diferentes. Ocurría lo mismo en política internacional. Mientras el primero parecía estar dispuesto a llegar a un mejor entendimiento con los EE.UU. y a adherir al panamericanismo, el segundo mantenía la tradicional actitud antinorteamericana predominante en la oligarquía tradicional, siempre más inclinada a Gran Bretaña y Europa ⁽¹¹⁸⁾.

Pero la política exterior argentina pasó a constituirse en un problema cuando los EE.UU. se vieron obligados a participar directamente en el conflicto. Juego del bombardeo japonés a Pearl Harbour, en diciembre de 1941. A partir de allí, la Argentina se transformó, en opinión del secretario de Estado CORDELL HULL, en un "mal vecino" y en un factor de discordia entre los Estados Unidos y Gran Bretaña.

La Tercera Reunión Consultiva de Cancilleres de las Repúblicas Americanas, realizada a principios de 1942, en Río de Janeiro, fue el escenario de una áspera negociación entre los gobiernos de Buenos Aires y Washington, y el comienzo de los conflictos más agudos entre los dos países. La reunión se había concretado a instancias de los EE.UU. con el objetivo de asegurar la solidaridad continental ante la agresión recibida en Pearl Harbour y concertar definitivamente un sistema económico, militar y político panamericano bajo su conducción. El delegado

(118) RAPOPORT, MARIO, *El laberinto argentino. Política internacional en una sociedad conflictiva*, Buenos Aires, 1997, pág. 101.

norteamericano, SUMNER WELLES, tenía instrucciones de obtener una ruptura colectiva de las relaciones de todos los países del continente con los países del Eje: Alemania, Italia y Japón. Sin embargo, el canciller argentino, ENRIQUE RUIZ GUIÑAZU, logró que la resolución final sólo "recomendara", sin hacer obligatoria, una ruptura de relaciones tal como era el deseo de los norteamericanos. De esta manera, esa ruptura quedó librada al arbitrio de cada país y el gobierno argentino pudo mantener su posición de neutralidad, lo que deseaba (Chile lo acompañó por casi un año), con gran disgusto del secretario de Estado, CORDELL HULL ⁽¹¹⁹⁾.

El acuerdo no satisfizo, por supuesto, a Washington, y su primera respuesta consistió en dejar a la Argentina al margen de cualquier ayuda económica o militar. La medida implicaba la imposibilidad de obtener armas en los Estados Unidos y tendría serias repercusiones internas al acelerar los preparativos del golpe militar que se concretaría en junio de 1943. El Departamento de Estado consideró que la política exterior argentina, entonces conducida por el gobierno conservador de CASTILLO, era pro nazi, y denunció a la Argentina ante las demás naciones latinoamericanas como un país que ponía en peligro la paz hemisférica. Por su parte, el Departamento del Tesoro propuso congelar los fondos argentinos en dólares existentes en los EE.UU. y el Board of Economic Warfare prohibió la venta de ciertos productos norteamericanos hacia la Argentina.

Junto a las razones ideológicas o estratégicas, vinculadas a las necesidades de la misma guerra, entre los sectores más "duros" contra la Argentina se hallaban algunos funcionarios y políticos, como el mismo secretario de Estado, CORDELL HULL y el vicepresidente, HENRY WALLACE, quienes expresaban una corriente de intereses, sobre todo agropecuarios, que desde mucho antes del estallido del conflicto se enfrentaban con las elites dominantes en Buenos Aires. Otros miembros prominentes de la administración ROOSEVELT, como SUMNER WELLES, que representaban una corriente más "blanda" hacia la Argentina, buscando líneas de conciliación entre los dos países, se vieron obligados a renunciar; aunque WELLES se transformó luego, a través de la prensa, en un fuerte crítico de la política del Departamento de Estado. En verdad, la política estadounidense tenía, como lo reconocieron sus propios funcionarios, una doble faz, porque países como el Brasil, con regímenes políticos cercanos al fascismo, fueron tratados de manera distinta y se convirtieron en aliados privilegiados ⁽¹²⁰⁾.

La posición del gobierno británico fue, por el contrario, mucho más moderada. Y aunque en diciembre de 1942 se vio obligado, por la presión norteamericana, a hacer público un documento en el que criticaba la política de neutralidad, no aplicó sanción alguna y trató en lo posible de mantener buenas relaciones con el gobierno conservador, procurando proteger las inversiones inglesas y activar las exportaciones hacia Gran Bretaña, en momentos en que éstas se necesitaban más que nunca

(119) HULL, CORDELL, *The Memoirs of Cordell Hull*, Nueva York, 1948, vol. II, págs. 1143-1146; cf también, RUIZ GUIÑAZU, ENRIQUE, *La política argentina y el futuro de América*, Buenos Aires, 1944.

(120) RAPOPORT, M. (1997), págs. 256-260. Para la posición de WELLES, cf. WELLES, SUMNER, *The Time for Decision*, Londres, 1944.

para el esfuerzo bélico. Los ingleses no podían dejar de advertir las ventajas que les proporcionaba la política de neutralidad tanto a corto como a largo plazo. En el primer caso, se evitaban represalias alemanas en el transporte marítimo, facilitando el comercio durante la guerra, y se preservaban las cuantiosas inversiones radicadas en el país frente a posibles actitudes nacionalistas. En el segundo, se impedía la entrada argentina en el sistema panamericano, preservando así el mercado argentino de posguerra de la competencia norteamericana (121).

Por otra parte, los ingleses evaluaban el perjuicio económico que les causaría interrumpir el flujo de abastecimiento de productos argentinos hacia las islas durante la guerra, pues éstos representaban, entre otras cosas, el 40 % de las importaciones argentinas de carnes, como se lo señalaba, en una correspondencia secreta, el primer ministro CHURCHILL al presidente ROOSEVELT. Esos productos, además, no se abonaban en lo inmediato, porque los pagos quedaban bloqueados en el Banco de Inglaterra con garantía oro, dada la precaria situación económica del Reino Unido. La diplomacia de Londres tenía, también, una percepción diferente de la realidad argentina. Nunca compartió los puntos de vista del Departamento de Estado con respecto a los intereses o motivos ideológicos que podían estar detrás de la neutralidad argentina. No pensaban que los gobiernos argentinos fueran pro nazis u hostiles a los aliados y ciertos sectores en la City londinense fueron más lejos, apoyando, en distintos órganos de prensa, la política argentina (122). El embajador inglés en esos años, Sir DAVID KELLY, remarcó en sus memorias que: "Mi propia y firme convicción, que informé incesantemente a Londres frente a una sostenida andanada de parte del gobierno y de la prensa norteamericana (esta última seguida fielmente por la prensa británica) era que, en su abrumadora mayoría, las viejas clases gobernantes, el nuevo gobierno militar, y los argentinos de todas las clases sociales, no tenían interés ni en la ideología nazi ni en ninguna a otra procedente de Europa". Para KELLY, muchos argentinos sentían que ellos mismos o sus padres habían venido del viejo continente "precisamente para decir adiós a todo eso" (123).

Es que la neutralidad del país del Sur, en la medida en que frenara las pretensiones norteamericanas, no podía ser vista de mala manera, y si los problemas que planteaban los vínculos con su poderoso aliado impedían brindar un apoyo explícito a los gobiernos locales, una actitud benevolente o comprensiva tenía resultados similares. Sin embargo, la presión norteamericana se dejó sentir

(121) RAPOPORT, M., *¿Aliados o neutrales?...* (1988), págs. 18 y 278.

(122) RAPOPORT, MARIO, "Argentina y la Segunda Guerra Mundial: mitos y realidades", en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. VI, N° 1, enero-junio de 1995, pág. 12; RAPOPORT, M. (1997), págs. 223-234.

(123) KELLY, DAVID, *The Rulling Few*, Londres, 1952, pág. 114.

y la diplomacia británica tuvo que realizar constantes esfuerzos para oponerse a ella o, por lo menos, para contrarrestarla.

La política de Washington no siguió, como dijimos, el mismo rumbo. Los funcionarios del Departamento de Estado prefirieron una interpretación más simplista de la realidad local, calificando de pro nazis o pro fascistas a los gobiernos argentinos de entonces, a lo que sumaron medidas de presión y sanciones económicas y políticas (124).

El triángulo Gran Bretaña-Estados Unidos-Argentina, que traducía los problemas creados por la rivalidad de las dos potencias anglosajonas en el país desde la primera década del siglo, representaba así un eje esencial para juzgar la política exterior argentina durante la Segunda Guerra Mundial, tan o más relevante que la cuestión del neutralismo o la participación en el conflicto bélico, o que las distinciones entre aliadófilos y pro nazis.

Es verdad que Alemania intentó penetrar en la Argentina a través del viejo prestigio de los métodos prusianos en los medios militares y del entrenamiento de oficiales argentinos en ese país en los años '30, de su vinculación con ciertos sectores de la oligarquía tradicional, de la presencia de sus empresas e inversiones o de su influencia en la comunidad germano-argentina. En este sentido, la Comisión de Actividades Antiargentinas de la Cámara de Diputados, creada en 1941 para denunciar las actividades del nazismo en el país, elaboró en la época una serie de documentos que se hicieron públicos (125). Pero este fenómeno ocurrió también en otros países latinoamericanos, como en el Brasil, donde en la década de 1930 la influencia de la Alemania nazi llegó a ser tanto o más fuerte que en su vecino del Sur (126).

Incluso conservando la neutralidad hasta enero de 1944, la Argentina prácticamente interrumpió, con el estallido de la guerra (hacia fines de 1939), sus relaciones comerciales con el Eje, en tanto mantenía fuertes vínculos con las naciones aliadas que representaron entre la mitad y los dos tercios de su comercio exterior (ver más adelante los cuadros 3.20 y 3.21). Lo mismo ocurrió, como veremos, en otros aspectos de la esfera económica.

Las ideologías nazi o fascista tuvieron, por su parte, influencia sobre ciertos sectores nacionalistas de derecha, que publicaban periódicos pro Eje, como *Cabildo*, *Crisol*, *El Pampero*, *Clarínada*, *La Fronja* y otros, casi todos ellos

(124) RAPOPORT, M. (1980), págs. 297 y 298.

(125) SANCHIS MUÑOZ, J. R. (1992), págs. 115-117.

(126) SKIDMORE, THOMAS E., *Uma História do Brasil*, San Pablo, 1998, págs. 169-171; MOURA, GERSON, *Autonomia na Dependência. A Política Externa Brasileira de 1935 a 1942*, Rio de Janeiro, 1980, págs. 135 y 156.

financiados por la embajada germana y de escasa circulación, y llegaron a organizar un acto pro nazi, en abril de 1938, en el Luna Park. También penetraron en algunos círculos de las comunidades alemana o italiana, y entre las Fuerzas Armadas, pero no revistieron la importancia que se les atribuyó entonces, cuando prevalecía aún el clima de la guerra ⁽¹²⁷⁾.

El hecho de que al término de la contienda algunos criminales de guerra nazis o colaboracionistas de países del Eje hallaran refugio en el país alimentó de nuevo la polémica sobre la existencia de tendencias pro nazis o pro fascistas en algunos círculos dirigentes argentinos. Las investigaciones recientes de la Comisión para el esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina (CEANA), sobre la base de documentación oficial de varios países, hicieron una puesta a punto de la cuestión, demostrando que las cifras que circulaban a este respecto eran exageradas aunque se verificó un número significativo de casos ⁽¹²⁸⁾.

Ubicar el problema en la coyuntura internacional de la posguerra es también importante. El clima generado por la Guerra Fria condujo a diversos países, empezando por las dos potencias principales, los EE.UU. y la URSS, y siguiendo por potencias menores y el mismo Vaticano, a aprovechar los conocimientos técnicos, estratégicos y de espionaje de antiguos nazis y criminales de guerra o asegurarles, al menos, un refugio temporario o definitivo. En el caso de los países occidentales, la ideología anticomunista de muchos de estos criminales y sus conocimientos sobre los países del Este, pertenecientes ahora al bloque soviético, podía ser muy

(127) El trabajo más esclarecedor sobre la influencia alemana, basado en documentos germanos y de los países aliados, es el de NEWTON, R. C. (1995). El mismo autor estudió el caso del fascismo, cf. NEWTON, ROLAND C., "El fascismo y la colectividad italo-argentina, 1922-1945", en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, N° 9, segundo semestre de 1995. Cf. también sobre la cuestión ideológica, BUCHRUCKER, C. (1987).

(128) Cf. CEANA, *Informe Final*, Buenos Aires, 1999. En la CEANA, creada por el gobierno argentino, participaron una treintena de especialistas argentinos y extranjeros. Entre sus conclusiones se destaca que existe documentación fehaciente de que cerca de ciento ochenta criminales de guerra nazis, de los países del Eje y de otros bajo ocupación alemana, llegaron al país al finalizar la guerra y en años posteriores, pero la cifra resulta muy inferior a la de los miles de refugiados que algunos autores habían señalado. Cf. también, KUCI, IGNACIO y RAPOPORT, MARCO, *Discriminación y racismo en América Latina*, Buenos Aires, 1997, especialmente el trabajo de KUCI, "El ingreso a la Argentina de nazis y colaboracionistas", y DAIA, *Proyecto Testimonio*, 2 t., Buenos Aires, 1998. Respecto del tema del llamado "oro nazi", es decir, transferencias de valores, en dinero o bienes provenientes de jerarcas nazis o colaboracionistas, parte del cual fue expoliado a víctimas de países ocupados, tanto la CEANA como una investigación realizada oficialmente en los EE.UU. (*Eisenstat Report*, Washington, 1998) para esclarecer las transferencias de "oro nazi" en el mundo, no encontraron evidencias relevantes con respecto a Alemania en el caso argentino, salvo ciertas cantidades de oro o valores que pudieron haber traído al país algunos refugiados croatas (según la CEANA unos 200 kilogramos de oro provenientes del Banco Central de Croacia).

útil como para ayudarlos a borrar su pasado ⁽¹²⁹⁾. Pero este fenómeno no excusa las responsabilidades de las autoridades argentinas, de diversos gobiernos, en haber permitido la llegada de esos individuos o tolerado su estadía, dando lugar a sucesos de notoriedad pública, como los casos de EICHMANN y PRIEBKE o los de algunos colaboracionistas croatas o franceses.

Lo que resulta cierto, sin embargo, es que la política de neutralidad que intentó sostener la Argentina, con gobiernos conservadores o militares de signos muy diferentes, pro británicos o nacionalistas, reflejaba la resistencia de algunos sectores influyentes del *establishment* de la época frente al sistema panamericano que pretendía imponer Washington, alimentada por la virulencia antiimperialista de los años '30 o por grupos pro Eje; aunque esa posición no se debía solamente a razones ideológicas o políticas. El alejamiento del escenario de guerra; la existencia de tendencias autonómicas surgidas, pese a sus limitaciones, del desarrollo del sector industrial y del mercado interno; la tradición neutralista de la Primera Guerra Mundial; y los desacoples en la alianza anglo-norteamericana, pueden darnos una explicación más plausible de la posición internacional de los gobiernos argentinos de entonces ⁽¹³⁰⁾.

El régimen militar de junio de 1943 heredó, en su política exterior, los problemas de sus antecesores. Había en su seno, como dijimos, una mayoría de oficiales neutralistas, pero también otros que empezaban a plantear un acercamiento con los aliados. Estos sectores estaban interesados en mejorar las relaciones con los EE.UU., conscientes del curso de la guerra y preocupados por la participación en ella del Brasil y por la alianza que este país había establecido con Washington, produciendo un desequilibrio estratégico en el Cono Sur. De allí las marchas y contramarchas del nuevo gobierno e incluso las promesas a los diplomáticos norteamericanos y de otros países de una pronta ruptura de relaciones con el Eje. Entre las preocupaciones de los militares para adoptar una decisión en ese sentido se hallaba el obtener de Washington un equipamiento similar al otorgado al Brasil. Sin embargo, un intento público, a través de una carta abierta, efectuado en tal sentido por el nuevo canciller, el Alte. STORMI, de tendencia pro aliada, recibió una respuesta negativa —en forma por demás tajante— de CORDELL HULL, provocando la renuncia de STORMI y deteriorando nuevamente las relaciones entre ambos países. Como resultado de ello el Departamento de Estado volvió a endurecer su posición acusando al régimen militar de "dictadura pro nazi" y de que intentaba promover la conformación de un bloque antinorteamericano en

(129) Sólo un puñado de criminales de guerra nazis fueron condenados y castigados en los juicios de Núremberg que se llevaron a cabo al finalizar la guerra. Sobre la política de los EE.UU. en la atracción de científicos o expertos nazis, e incluso en la utilización de algunos de ellos en tareas de inteligencia, cf. HUNT, LINDA, *Secret Agenda*, Nueva York, 1991; sobre el papel del Vaticano en la fuga de criminales de guerra, cf. LACROIX-RUX, ANNE, *Le Vatican, l'Europe et le Reich*, Paris, 1996.

(130) RAPOPORT, M. (1980), págs. 295 y 296.

el continente ⁽¹³¹⁾. Finalmente, debido a sus propios errores y desavenencias, en enero de 1944, el gobierno de RAMIREZ se vio obligado a romper, como ya señalamos, sus relaciones con los países del Eje. La política de neutralidad había durado así 4 años con los gobiernos conservadores y 8 meses con los militares.

Sin embargo, FARRELL, su sucesor, con el coronel PERON a su lado, debió afrontar una nueva etapa de coerción por parte del Departamento de Estado. Pese a la ruptura de relaciones con el Eje, HULL consideró que el nuevo grupo en el poder era aún más pro nazi que el anterior y que había que reemplazarlo por un gobierno más amistoso. En consecuencia, se negó al reconocimiento del nuevo gobierno, dispuso el retiro del embajador norteamericano y presionó al Foreign Office y a otras cancillerías, logrando el retiro del embajador británico, que se resistió a ello, y de varios representantes de gobiernos latinoamericanos.

También se aplicaron sanciones con el propósito de aislar económicamente al país. Entre estas medidas, que condicionaron y limitaron la economía argentina, el Departamento de Estado prohibió la exportación de equipos petroleros, vehículos automotores, locomotoras, material rodante, armamentos y maquinaria para producir papel para diario, mientras que las exportaciones de combustibles quedaban limitadas a las cantidades mínimas necesarias para garantizar los servicios navieros que transportaban aceites vegetales a los Estados Unidos. En forma explícita, el país del Norte estableció no aprobar ningún proyecto de desarrollo para la Argentina, exceptuando aquellos que contribuyeran al esfuerzo de guerra. También fueron congeladas, nuevamente, las tenencias de oro argentino en los Estados Unidos. Estábamos en presencia, según algunos autores, de un verdadero boicot económico norteamericano contra la Argentina ⁽¹³²⁾.

El problema del reconocimiento seguía, asimismo, vigente. El Departamento de Estado lo hacía depender del cumplimiento de las condiciones, cada vez más restrictivas, que trataba de imponer al régimen militar. En realidad, dichas condiciones escondían el intento de reemplazar a ese gobierno por otro más favorable a sus intereses.

Bruscamente, en los primeros meses de 1945, las relaciones entre los dos países dieron, sin embargo, un vuelco decisivo. A fines del año anterior había renunciado CORDELL HULL, en parte empantanado por el caso argentino, siendo reemplazado por EDWARD STETTINIUS, y la conducta de Washington se modificó radicalmente. El nuevo secretario asistente de Asuntos Latinoamericanos, NELSON

(131) PETERSON, HAROLD, F. *La Argentina y los Estados Unidos, II. 1914-1960*, Buenos Aires, 1985, págs. 162 y 163.

(132) ESCUDE, CARLOS, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949*, Buenos Aires, 1983, págs. 260 y 261. Una polémica acerca del boicot norteamericano contra la Argentina en los años cuarenta puede consultarse en RAPOPORT, MARIO, "El factor político en las relaciones internacionales. ¿Política Internacional vs. teoría de la dependencia? Un comentario", en *Desarrollo económico*, vol. 23, Nº 92, enero-marzo 1984, págs. 617-629 y ESCUDE, CARLOS, "Réplica al comentario sobre 'La declinación argentina'", en *Desarrollo económico*, vol. 23, Nº 92, enero-marzo 1984, págs. 630-636.

ROCKEFELLER, perteneciente a una familia con gran poder económico y que comenzaba entonces su carrera política, realizó un cambio de rumbo en la política latinoamericana de su país, iniciando un acercamiento con el régimen militar, pues consideraba equivocado el análisis de la situación argentina efectuado hasta entonces. ROCKEFELLER representaba, en verdad, intereses industriales y financieros que veían a la Argentina como un gran mercado en la posguerra, e intereses políticos y estratégicos que consideraban que con el fin de la guerra el enemigo principal sería la Unión Soviética, el aliado del momento, y que necesitaban de la cooperación política sin fisuras del conjunto del continente latinoamericano (incluido nuestro país), especialmente en las Naciones Unidas, que estaban por crearse ⁽¹³³⁾.

Por eso, el Departamento de Estado convocó, en febrero de 1945, poco después de realizarse la Conferencia de Yalta entre las potencias aliadas, a la Conferencia Interamericana de Chapultepec, México, en donde se establecieron finalmente los principios de un sistema panamericano y las condiciones de participación de los países de la región en el mundo internacional de posguerra. Como consecuencia del encuentro, seis países latinoamericanos decidieron declarar, ese mismo mes, la guerra al Eje ⁽¹³⁴⁾.

Aunque la Argentina no participó en aquella Conferencia, porque todavía estaba abierto el conflicto con los EE.UU., tras un acuerdo secreto entre funcionarios argentinos y norteamericanos el régimen militar aceptó la invitación formulada para firmar el Acta de Chapultepec, se reintegró al sistema panamericano y restableció sus relaciones diplomáticas con los EE.UU., Gran Bretaña y las otras naciones del hemisferio, al tiempo que se levantaba la mayor parte de las sanciones económicas que se le habían impuesto. Como paso previo, declaró también, en marzo de 1945, la guerra a los países del Eje, cumpliendo con el último de los requisitos para participar en la Conferencia de San Francisco, donde se crearía la Organización de las Naciones Unidas. En abril de 1945, una importante misión económica, política y militar norteamericana, encabezada por el embajador AVRA WARREN, vino a Buenos Aires y llegó a diversos acuerdos con las autoridades argentinas. Culminaba así el proceso de acercamiento iniciado a principios de ese año.

En mayo de 1945, sin embargo, un nuevo cambio en la política estadounidense tuvo considerable incidencia en la política interna del país. Tras la muerte repentina del presidente ROOSEVELT, el 12 de abril de 1945, y el advenimiento al

(133) RAPOPORT, M. (1997), págs. 179-180 y 250-254.

(134) RAPOPORT, M. (1995), pág. 10. En verdad, la declaración de guerra a los países del Eje de las siete naciones latinoamericanas que todavía no lo habían hecho (incluyendo Argentina) casi al finalizar el conflicto bélico, se debió al acuerdo al que llegaron las grandes potencias en la Conferencia de Yalta para que esos países pudieran participar plenamente en la Conferencia de Constitución de las Naciones Unidas que se iba a celebrar al fin de la guerra en San Francisco.

poder de HARRY TRUMAN, fue designado embajador en Buenos Aires, SPRUILLE BRADEN, quien revirtió la política anterior y volvió a las actitudes "duras" del ex secretario HULL, cuyas ideas compartía. BRADEN consideraba que, aunque Alemania estaba derrotada, el peligro nazi era aún en América Latina el más importante y existía, incluso, la perspectiva de crear un "Cuarto Reich" en la Argentina. El nuevo embajador, en su breve estadía en el país, se transformó en el líder de los sectores políticos que, organizados en la Unión Democrática, se oponían al régimen militar y, en particular, a PERON. En agosto de 1945, el embajador, que había tenido enfrentamientos personales con el influyente coronel, regresó a Washington dejando un golpe de Estado en ciernes que, concretado el 9 de octubre, logró destituir a PERON de todos sus cargos. Sin embargo, los sucesos del 17 de octubre de 1945 produjeron la vuelta de aquél al escenario político argentino, esta vez como líder de un nuevo movimiento todavía en gestación⁽¹³⁵⁾.

Desde su nuevo cargo como sucesor de ROCKEFELLER en la secretaría de Asuntos Latinoamericanos, y en el que fue nombrado después de su vuelta a Washington, BRADEN jugó sus últimas cartas contra la ascendente candidatura de PERON. Dispuso nuevas sanciones económicas y publicó un documento —el llamado "Libro Azul"— donde se trataba de probar la vinculación de los gobiernos argentinos, desde CASTILLO hasta FARRELL y PERON, con los alemanes. El documento no demostraba suficientemente las relaciones aludidas pero, sobre todo, contribuyó a levantar una ola de críticas, tanto internas como externas, por lo que se entendía llegaba a constituir una política de intromisión en los asuntos internos del país. Publicado dos días antes de las elecciones de febrero de 1946, con el propósito de favorecer a los opositores a PERON, causó un efecto contrario al esperado. El lema "Braden o Perón", esgrimido por este último, dio incluso un tono antiimperialista a su campaña electoral⁽¹³⁶⁾. Así, desde principios de 1944 hasta comienzos de 1946 la problemática de la guerra se confundió con los conflictos internos y el eje aliadófilo-pro nazis desempeñó un papel relevante en la política argentina, impulsado por sectores e intereses internos y externos, y cuando la guerra ya se extinguía.

(135) Sobre la propia Interpretación de BRADEN de los hechos de la época, cf. BRADEN, SPRUILLE, *Diplomates and Demagogues. The Memoirs of Spruille Braden*, Nueva York, 1971. Sorprendentemente, BRADEN reconoce allí haber tenido dos enemigos en la Argentina: PERON y el ex canciller conservador (y Premio Nobel) SAAVEDRA LAMAS. Cf. también RAPOPORT, M. (1988) y (1997); ESCUDE, CARLOS (1983); DI TELLA, GUIDO y WATT, CAMERON D. (eds.), *Argentina between the Great Powers, 1939-1946*, Londres, 1989.

(136) Cf. FRANK, GARY, *Juan Perón vs. Spruille Braden: The Story Behind the Blue Book*, Maryland, 1980. Algunos autores han tratado de reafirmar las acusaciones del Libro Azul (*Blue Book*), especialmente con respecto a la vinculación de PERON con los alemanes, cf. GORI, UKI, *Perón y los alemanes. La verdad sobre el espionaje nazi y los fugitivos del Reich*, Buenos Aires, 1998, que intenta demostrar que PERON fue, de hecho, un agente nazi. En este sentido, es muy interesante el reciente libro de MUCHNIK, DANIEL, *Negocios son negocios*, Buenos Aires, 1999, donde muestra la connivencia con el nazismo de diversos sectores económicos y políticos de los países aliados antes y durante la guerra, incluso empresas multinacionales como Ford, General Motors y el grupo Rockefeller.

3.10. LOS CAMBIOS EN LA SOCIEDAD ARGENTINA ✓

3.10.1. Movimiento obrero y peronismo

En los años inmediatos a 1943 se fue desarrollando una progresiva tendencia por parte del Estado a asumir, y reclamar como propia, la función de regularizador de las relaciones obrero-patronales. Paulatinamente, la negociación colectiva entre las partes, que se desarrollaba autónoma y voluntariamente en el terreno privado, pasó a ser un ámbito de mediación y regulación a cargo del Estado.

En correspondencia con el intervencionismo económico, hacia mediados de la década, comenzaron a desenvolverse formas de Intervencionismo social. La complejidad de la estructura productiva que acompañó la industrialización sustitutiva, determinó la necesidad de articular los diferentes intereses sociales cuya conflictividad podía afectar dicha estructura. Por otra parte, si entre 1930 y 1935 la capacidad de resistencia de los sectores populares se vio disminuida, la situación cambió a partir del último año. La movilización de los trabajadores y los cambios en la organización sindical, expresados en el incremento de la actividad huelguística, demandaron una progresiva atención por parte del Estado. En consecuencia, la Departamento Nacional del Trabajo pasó a constituirse en un mediador importante en la resolución de los conflictos laborales y en la introducción de procedimientos para otorgar un marco más orgánico a las relaciones laborales. Por otra parte, en procura de una mayor racionalidad en las relaciones laborales, esa Dirección propició la organización de entidades patronales representativas y estimuló el incremento de la agremiación empresaria como condición para concertar convenios colectivos con los sectores laborales. En consecuencia, la intervención del Estado, en atención a la expansión y diversificación de la estructura industrial y a la creciente actividad sindical, llevó a la multiplicación de las cámaras patronales que pasaron a asociarse a la Unión Industrial Argentina.

Sin embargo, la capacidad regulatoria del Estado, a través del Departamento Nacional del Trabajo, hallaba trabas en las facultades legales asignadas a este organismo. Ello no fue obstáculo para que, como respuesta pragmática a la movilización obrera, se esbozara una política de intervencionismo social tendiente a legitimar las relaciones obrero-patronales y a la adopción de medidas destinadas a racionalizar el mercado de trabajo. "Es así como a partir de 1940 se empezaron a dictar una serie de leyes, decretos y laudos ministeriales cuyo objeto fue establecer regímenes de trabajo para diversos sectores de actividad"⁽¹³⁷⁾.

Las autoridades de la DNT intervinieron directamente en la celebración de numerosos convenios y ejercieron su mediación en numerosos conflictos laborales. A principios de 1943, como consecuencia del recrudescimiento de la actividad huelguística durante el año anterior, el gobierno de CASTILLO resolvió la creación de

(137) GAUDIO, R. y PILONE, J. (1988), págs. 87 y 88.